

De Abascal a Olañeta. Realismo y conservadurismo en la independencia del Perú¹

Víctor Peralta Ruiz

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

Introducción

Tras la crisis de la monarquía estallada en mayo de 1808 y el posterior establecimiento de las Cortes de Cádiz en marzo de 1810, el Perú entró en la órbita de la corriente liberal occidental moderna. Al mismo tiempo, por una consecuencia lógica y previsible, esta coyuntura política igualmente condicionó la formación de un discurso antiliberal asociado con la apología del absolutismo, en su versión extrema, o la defensa de la monarquía regalista, en su versión moderada. Esta circunstancia explica que, en el virreinato peruano, incluso en su momento más crítico como fue el gobierno establecido entre 1821 y 1824 en el Cuzco por el brigadier José de la Serna (1770-1832), se pudiera “ser realista desde el constitucionalismo y desde el absolutismo²”. El tópico recreado por la historiografía criolla del siglo XIX que asociaba exclusivamente realismo con absolutismo ha sido desmentido por los más recientes trabajos sobre la independencia peruana. Pero, aunque en los últimos años el liberalismo realista peruano ha sido ampliamente investigado por la historiografía, no ha ocurrido lo propio con el realismo absolutista³. En la mayoría de estos trabajos se han resumido los rasgos de este pensamiento bajo definiciones como contra-revolucionario o contra-independiente. Se le confiere a este pensamiento político así una identificación a partir de lo que no fue o a lo que se opuso, pero no a lo que

1 Este trabajo se inscribe en el proyecto I+D HAR2015-67197-R “Cambios e innovaciones sociales: España y el Perú de crisis del imperio transoceánico al estado liberal”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

2 Martínez Rianza, 2014: 124.

3 Existen excepciones como Hamnett, 2011. Martínez Rianza, 2014. O’Phelan y Lomné, 2013.

en esencia políticamente representó. En España el concepto “servil” o “reaccionario” es utilizado por los historiadores para identificar al grupo español que hizo oposición al grupo liberal que se formó en las cortes gaditanas⁴. Pero el concepto no es dable de ser utilizado en Perú porque el realismo absolutista tanto en 1810-1814 como en 1820-1823 acató lo dispuesto por los liberales en Cádiz sin manifestar su disconformidad o hacerla pública.

En este artículo se define el pensamiento político antiliberal del realismo absolutista entre 1810 y 1823 como un movimiento reactivo y reacio a los cambios que afectaron los cimientos institucionales de la monarquía hispánica durante la coyuntura de vigencia del liberalismo hispánico promovido por las Cortes de Cádiz. Este trabajo se centrará en dar cuenta de tres momentos relevantes del antiliberalismo en el Perú antes de la capitulación de Ayacucho en diciembre de 1824. Un primer momento consistirá en analizar la *Memoria de Gobierno* del virrey José Fernando de Abascal y Sousa (1743-1821) con el propósito de confirmarla como la autobiografía del representante del realismo absolutista más relevante de su tiempo⁵. Se procurará extraer de ese documento oficial los fundamentos de un discurso antiliberal confeccionado a partir de los movimientos insurgentes que el virrey combatió en la América del Sur como también por los efectos “nocivos” del liberalismo hispánico que tuvo que acatar. En un segundo momento, se explorará la posible confección de un realismo absolutista popular, de divulgación pública y masiva, entre el interregno liberal y la restauración absolutista a través de la prensa. Esta incursión analítica estará ejemplificada, sucesivamente, por el análisis de contenido de papeles periódicos como *El Clamor de la Verdad* (1814), *El Pensador del Perú* (1815) y la *Gaceta del Gobierno de Lima* durante la época como gobernante del brigadier Joaquín de la Pezuela (1761-1830). Por último, el tercer momento será ejemplificado a partir de la confrontación cuasi bélica entre el “realismo liberal” del virrey La Serna y el “realismo absolutista” del general Pedro Antonio de Olañeta (1770-1825) en la llamada “guerra doméstica” en Charcas entre febrero de 1823 y agosto de 1824.

4 Herrera González, 2007. López Alós, 2001.

5 La relación de gobierno de Abascal es una de las pocas de esta naturaleza que puede asumirse como una autobiografía, al menos de la que cubre su etapa como gobernante del Perú, debido al carácter confesional de su contenido. Ver al respecto, Mücke y Velásquez, 2015.

La relación de gobierno de Abascal: hacia un discurso antiliberal

En pleno auge de la dictadura franquista, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla puso en marcha un ambicioso plan editorial de editar las memorias de gobierno de los últimos virreyes del Perú, que inauguró con la de Abascal. Los editores de esta obra, Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano, consultaron por primera vez la relación de gobierno integra de este virrey que entre otros documentos y papeles de la época conservaba su descendiente Manuel Pavía y Pereira. La introducción a la memoria de Abascal preparada por Rodríguez Casado se convirtió en una pieza singular dentro del discurso historiográfico hispanista que pretendía conformar la Escuela de Estudios Hispano-Americanos con relación a la emancipación americana⁶. Rodríguez Casado hizo una lectura de la crisis política que experimentó Hispanoamérica a partir de 1808 casi calcada de la coyuntura bélica vivida por España entre 1936 y 1939. Para este historiador la coyuntura de la independencia también fue una guerra civil en su sentido más estricto porque “se combatía, es cierto, por conseguir más autonomía política y económica, pero no es menos cierto que tal pugna solo fue posible al romperse la unidad política de las Españas⁷”. En su opinión, fue la etapa liberal y “democrática” que se alentó tras producirse la crisis política de 1808 la que terminó desbaratando todo el edificio ideológico de la monarquía hispánica, y en este punto coincidió con el diagnóstico del virrey Abascal: “nuestro virrey abomina de la figura democrática o falsamente liberal del *laissez faire* que se dibuja en las Cortes de Cádiz, y considera que el mal había ido tan lejos, que hasta la metrópoli, a la cual le iba la vida, en eso era la primera en dejarse arrastrar por ellas. Ve en la tesis del pseudo-liberalismo ochocentista la muerte efectiva de la monarquía española y, con su pérdida, la desaparición del vínculo del Imperio⁸”. En consecuencia, para Rodríguez Casado fueron las Cortes de Cádiz las que erosionaron el vínculo con Hispanoamérica sustentado durante tres siglos por la fe católica y por una autoridad virreinal férrea e incuestionable.

6 Abascal fue “como un psicólogo de la política ya que hizo primar en su gobierno la prudencia, la unión y la concordia por sobre la guerra y la fuerza a las que recurrió sólo como recurso final”. Peralta Ruiz, 2006: 176.

7 Abascal y Sousa, 1944: I, XCV.

8 Abascal y Sousa, 1944: I, CIV.

No le faltaba razón a Rodríguez Casado en pretender utilizar la relación de gobierno de Abascal como un instrumento discursivo para explicarse la ruptura de las nuevas naciones con la madre patria. Para el historiador sevillano, Abascal en todo momento se comportó como un cruzado en la defensa de los intereses del trono y el altar, incluso acatando a unas Cortes dominadas por diputados liberales que formularon el proyecto de convertir a España en un régimen monárquico constitucional. Al margen de esta anacrónica interpretación ideológica, resulta paradójico que, en el prolongado tiempo transcurrido desde su edición en Sevilla, la *Relación de Gobierno* de Abascal no haya sido objeto de un nuevo estudio tan pormenorizado como el que le dedicara Rodríguez Casado. Me propongo emprender brevemente esta tarea bajo la premisa de que esta pieza política es clave en la formulación del discurso antiliberal que alimentó al realismo-conservador en los últimos años del régimen virreinal peruano. Por antiliberalismo comprendo no la confrontación o polémica sino el rechazo, descalificación y exclusión de la doctrina liberal como opción política de gobierno. En la época de las Cortes de Cádiz el antiliberalismo fue asumido por los diputados “realistas o serviles”. Aunque acataron la constitución de 1812 estos “aspiraban a hacer del regreso de Fernando VII un verdadero acto de restauración monárquica. Sería el cierre de un paréntesis temporal donde todo había estado fuera de su lugar. Un tiempo de excepcionalidad al que se ponía fin y abría la posibilidad de volver al punto de partida; a la sociedad del pasado, a sus principios y a su orden, a sus instituciones y sus leyes⁹”. Según Pedro Rújula los antiliberales bajo la restauración de Fernando VII se caracterizaron, primero, por fomentar el mito contrarrevolucionario de la recuperación del orden perdido antes de 1808 y, segundo, por apoyar el destierro definitivo del liberalismo hispánico al calificar de apocalípticas sus transformaciones políticas. ¿Qué aportó el virrey Abascal a este discurso?

En primer lugar, la *Memoria de gobierno* dedicó un capítulo exclusivamente al asunto de la “Libertad de Ymprentas” y en el mismo Abascal criticó su aplicación desde la postura de una autoridad preocupada por proteger el proyecto ilustrado: “la de la libertad de ymplantas comunicada a este gobierno en orden de 11 de noviembre de 1810, que conspira a la ilustración de los pueblos, apenas fue recibida como promulgada en toda la comprensión de este Virreynato encargándome muy particularmente de promoverla como debe colegirse de mi constante propensión acreditada

9 Rújula, 2014a: 83-84; 2014b: 377-409.

en ejemplares de favorecer las Ciencias¹⁰". Era claro que para Abascal había un retroceso en el papel "civilizador" entre uno y otro proyecto, porque mientras que a través de la ilustración él promovió el restablecimiento del Colegio del Príncipe para los hijos de los caciques, fundó el Colegio de San Fernando para el estudio de la medicina o promovió el jardín botánico, el liberalismo adoptó una decidida voluntad de ignorar la importancia de extender los conocimientos en su deseo de alterar el orden. En cuanto al caso de la libertad de expresión, Abascal expresó que su acatamiento no sirvió más que para alterar la concordia social que debía predominar en un momento de crisis: "más como encargado también de la pacífica conservación de este reyno, no podía faltar a esta esencial parte de mis obligaciones [y] dejar correr a la sombra de la misma libertad discursos vehementes que pudiesen turbar el sosiego que tan felizmente y a costa de una vigilancia continua se ha gozado en el territorio de mi responsabilidad¹¹".

Abascal comentó que en vez de ejercer directamente como censor se valió de los propios instrumentos de control que le facultaba el reglamento de libertad de imprenta para hacer frente a voces discordantes como las del coronel Manuel Villalta o el publicista Gaspar Rico. El virrey delegó en el Tribunal de Censura de la provincia de Lima la confiscación de los ejemplares "perjudiciales al sosiego público y particular" tanto de los folletos como de la prensa doctrinal, la identificación de sus autores y, eventualmente, su envío bajo partida de registro a la Península Ibérica como fue el caso de Rico. Si el virrey en su memoria intentó proyectar la apariencia de haber dejado actuar con libertad al Tribunal encargado de perseguir al liberalismo político, circunstancia que se aleja de la veracidad de los hechos, del mismo modo procuró dejar plasmado que lo mejor que podía ocurrir era que la libertad de imprenta sirviera para expandir la ilustración. Por eso al ordenar el cierre de *El Peruano* y *El Satélite del Peruano* por subversivos, su esfuerzo se dirigió a financiar y "promover la aplicación y conocimientos de personas de notorias luces y juicio para que en otro papel intitulado verdadero Peruano, que subrogó la falta del Periódico de Don Gaspar Rico, continuase la ilustración pública, la propagación de las máximas más importantes a la sana moral, conformes al espíritu del Gobierno y del Evangelio¹²".

10 Abascal y Sousa, 1944: I, 431.

11 Abascal y Sousa, 1944: I, 432.

12 Abascal y Sousa, 1944: I, 436.

El *Verdadero Peruano* circuló en Lima entre el 23 de septiembre de 1812, “día en que llegó la constitución a Lima”, y el 31 de marzo de 1813 y sus editores fueron el presbítero Tomás Flores y José Pezet, aunque lo más destacado fue la colaboración del médico y asesor del virrey Hipólito Unanue y otros connotados científicos criollos. De su prospecto en el primer número cabe destacar su intención de crear una ecléctica ilustración liberal:

El *Verdadero Peruano* hará circular quanto sea relativo a la moral y política, propias a un pueblo católico, regido por una justa constitución. De estos dos principios, bases del orden social, se partirá por todas las líneas que se dirijan a su prosperidad, esplendor e ilustración. La salud pública, la educación popular; la agricultura; historia y geografía; comercio, pesca, minería, artes mecánicas y liberales; composiciones armoniosas, noticias interesantes; y en fin, la suma de intereses e ilustración del Perú, va a ser tratada con decencia, verdad e imparcialidad rigurosa¹³.

A través de este periódico el proyecto del realismo conservador abascaliano fue bastante claro en sus propósitos, esto es que el lenguaje ilustrado subsumiera al lenguaje liberal sin criticarlo. Un artículo firmado por otro connotado médico criollo, Félix Devoti titulado “Amor a la patria, a la constitución y al rey” muy bien podía haberlo firmado Abascal al concluir que “la libertad de la imprenta velando siempre en guarda de la ley [art. 369], sea el *Paladión* conservador de los derechos del pueblo; más no el hacha incendiaria de la discordia. Denunciense los vicios públicos, mas no se fomenten los partidos; lejos las pasiones privadas, y todo ceda en obsequio del bien universal y del orden¹⁴”. Este proyecto que en el fondo quiso revitalizar un segundo *Mercurio Peruano* y fomentar una opinión pública ilustrada se canceló abruptamente en marzo de 1813 por problemas económicos. Las suscripciones recibidas no fueron suficientes para hacer sostenible un proyecto donde el discurso político quedó subsumido por el utilitarismo retórico pero inútil del lenguaje ilustrado. Como le ocurriera al primer *Mercurio Peruano*, fue el propio virrey el que decretó el fin del proyecto al dejar de financiar al papel periódico.

Abascal adujo una tercera vía, su preferida, para contener las noticias “nulas, apócrifas y malintencionadas que han procurado difundir nuestros enemigos” en Europa y América. Se trataba de “mantener una Gazeta de

13 *Verdadero Peruano*, Prospecto, núm. 1, Lima, 23 de septiembre de 1812, 7.

14 *Verdadero Peruano*, núm. II, Lima 1 de octubre de 1812, 15.

Gobierno, extractando lo mejor de los papeles de esta clase [las noticias seguras] publicados en otras partes, y demás interesantes y auténticos avisos del estado de nuestros ejércitos. A imitación en todo de la que se publica en nuestra Corte¹⁵". Esta afirmación no hace más que confirmar que Abascal además de hacer suyo el proyecto ilustrado del virrey Gil de Taboada y Lemos (1789-1795) en lo que respecta a fomentar la segunda etapa del *Mercurio Peruano*, adoptó también la estrategia de este de hacer de la *Gaceta de Gobierno de Lima* una pieza retórica clave del "cordón sanitario" contra la publicidad enemiga¹⁶. Mientras la *Gaceta* de Gil de Taboada combatió a la revolución francesa, la *Gaceta* de Abascal enfrentó al bonapartismo. Con exagerada autocomplacencia Abascal concluyó su escrito acerca de su lucha contra los efectos negativos de la libertad de imprenta que "la Gazeta de Gobierno de Lima ha sido la barrera fuerte que ha detenido, y aun trastornado los planes de la seducción y del engaño. No hay otro modo de curar la manía o delirio de politizar que se apodera de muchos en el estado de revolución de los Reynos¹⁷". Aún es tarea de la historiografía comprobar si esta afirmación es verosímil.

En segundo lugar, destacó dentro de la *Memoria* el capítulo titulado "Publicación y observancia de la constitución hasta el regreso del soberano y real decreto declarando nulas las ilegítimas Cortes". Como en el caso de la libertad de expresión, Abascal adoptó una postura ilustrada recalcitrante para expresar su desacuerdo pero acatamiento a las Cortes de Cádiz. En esto su posición fue muy similar a la de los ministros ilustrados de Carlos IV cuando estos enfrentaron el peligro del contagio de la representación política promovida en Francia después de la revolución de 1789. Para él la Constitución de 1812 fue nociva por adoptar la monarquía parlamentaria que no era otra cosa que comenzar a seguir el camino de la denostada democracia francesa: "esta novedad no pudo dejar de causar en mi ánimo la más viva y dolorosa impresión, así porque veía reducida la persona del Rey a la simple representación de un magistrado particular usurpada su Soberanía, abusando del nombre de la Nación con otros atentados como la

15 Abascal y Sousa, 1944: I, 437.

16 Sobre el uso de la *Gaceta del Gobierno de Lima* como propaganda política antifrancesa a fines del siglo XVIII, ver Rosas, 2006. Sobre el mismo uso dado a la *Gaceta* en la época de Abascal no hay estudios.

17 Abascal y Sousa, 1944: I, 438.

alteración y trastorno de las Leyes Fundamentales de ella para introducir los principios revolucionarios de la Democracia, de la impiedad [...]”¹⁸.

No obstante confesar el dolor que le causaba el contenido liberal de la carta política, el virrey la acató y la hizo juramentar por considerar que era un peligro mayor el “dejar de obedecerla”. Consideró que el recrudecimiento del odio “entre europeos y patricios” fue el efecto negativo inmediato de la aplicación de la constitución gaditana cuando se trató de la elección popular de los ayuntamientos constitucionales y las diputaciones provinciales. Abascal se atribuyó el mérito de haber cortado una confrontación social al adoptar una postura enérgica en el caso de la elección de los diputados provinciales de Lima en las “últimas asambleas” y lamentó que tal postura no se lograra en las elecciones en su primer y segundo grado por “falta de energía en los jefes políticos que las presidieron”. Esta confesión resume el axioma abascaliano de que a los constitucionales peruanos, asociados con los criollos de más baja estofa, solo se les podía derrotar si se adoptaba el autoritarismo, es decir, aplicar la mano dura con el amparo de la legalidad si fuese posible. El caso más resaltable fue el del fiscal de la Audiencia de Lima, Miguel de Eyzaguirre, líder de los constitucionales limeños, en quien recayó en la elección de segundo grado la condición de elector ante la junta provincial de Lima donde se debía elegir a los siete diputados de la Diputación provincial. Abascal asistió al acto político y aplicó a Eyzaguirre el decreto de las Cortes del 24 de octubre de 1812 que prohibía a los magistrados de los tribunales nombrados por el monarca el acceder a los cargos de electos y diputados. Probablemente el decreto lo desconocieron los constitucionales limeños. Abascal hábilmente lo dio a conocer en el preciso momento en que los constitucionales estuvieron a un paso de controlar la máxima corporación regional. A pesar de la reclamación de Eyzaguirre de que la resolución había llegado a Lima después de su elección y que por ello no podía aplicarse con retroactividad a su caso, Abascal fue inflexible y expulsó a Eyzaguirre del acto¹⁹.

Respecto a la Constitución de Cádiz, una vez suprimida esta en mayo de 1814, Abascal no tuvo reparo en referirse a ella como lo hubiera hecho un ilustrado del siglo XVIII con conocimiento acerca del significado de la querella entre antiguos y modernos en Francia, Italia y en la propia

18 Abascal y Sousa, 1944: I, 440.

19 Peralta Ruiz, 2010: 265.

monarquía hispánica²⁰. Los modernos como innovadores de la tradición fueron criticados como utópicos y ajenos a la realidad. Por eso el término “novator”, por cuestionar lo clásico o la tradición, no tuvo un predicamento positivo entre los ilustrados españoles con más influencia en la corte borbónica. Abascal fiel a este concepto negativo de lo nuevo definió a las Cortes reunidas en Cádiz en realidad como un “congreso de los novadores” del que se sentía orgulloso de haber sido infamado en él por algunos diputados “con los epítetos más injuriosos que los que han podido prodigar los declarados insurgentes de estas provincias²¹”. El virrey consideró que a pesar de ser consciente de que eran dos opciones políticas distintas, los liberales hispánicos se asemejaron a los insurgentes americanos en el común ataque a su autoridad: “los satélites de aquellos y de estos han estudiado mis pasos sin dejar la acción más indiferente, libre de su procacidad, para presentarme con los colores más negros a la vista de todo el mundo²²”.

Casi al finalizar el capítulo dedicado a la época del liberalismo gaditano, el virrey hizo explícito el secreto de su fórmula para evitar las consecuencias de una constitución “que declaraba la responsabilidad de los Magistrados para deprimirlos y dar a los Pueblos audacia para simularlos²³”. Esta se resume en acatar pero no cumplir la primera constitución escrita española en cuanto está en contra de los asuntos de seguridad del reino. El orden interno está por encima de cualquier libertad concedida. Esta es una máxima del realismo conservador que posteriormente los conservadores republicanos iban a adoptar. Esta era la “práctica de una política nueva y desconocida, cuyos principios difíciles de explicar pudieron consiliar los extremos de obedecer al gobierno, conservar la autoridad de los magistrados, reprimir al pueblo, premiar al mérito, mantener ejércitos y dar socorros exteriores a los reynos de Quito y Santa Fe, México, Chile, Buenos Aires y aun a la misma Península, en las mismas circunstancias en que todo me era necesario y todo era poco para el aumento de atenciones de este Reino²⁴”.

El otro acontecimiento que alimentó el antiliberalismo de Abascal fue el estallido del movimiento autonomista hispanoamericano. Abascal no dudó en describirlo como un hecho motivado, cuando no azuzado, por la forma

20 Fumaroli, 2008.

21 Abascal y Sousa, 1944: I, 445.

22 Abascal y Sousa, 1944: I, 445.

23 Abascal y Sousa, 1944: I, 446.

24 Abascal y Sousa, 1944: I, 446-447.

en que actuaron los liberales de la Península Ibérica. Abascal estuvo convencido de que los acontecimientos de Bayona no fueron los que trastocaron el fidelismo sino más bien las primeras disposiciones de la Junta Central, ya que algunas de estas por su carácter “republicano” debilitaron o desconcertaron a las autoridades en Hispanoamérica: “[...] ni las primeras desgracias de la Península alteraron esa buena disposición en América, hasta que estos y otros papeles del gobierno provisional anunciando máximas republicanas y malquistando a los pueblos con sus Gobernadores concitaron los espíritus, disponiéndolos a una subversión general para la cual los sediciosos hallaban en la verdad motivos especiosos de ponderar el lamentable estado de la Nación, y su próxima ruina inevitable²⁵”. Abascal se encargaría de especificar sus consideraciones sobre el “republicanismo” de los liberales de la Península como causa de los separatismos en la América española en la segunda parte de su Memoria.

Por ejemplo, en relación con los desórdenes que desembocaron en la conformación de la junta de gobierno de Quito en 1810, consideró que esta era un contagio de la junta de gobierno constituida unos meses antes en Buenos Aires, pero también de la proclama a los americanos de la Junta Central del 22 de enero de 1809. A esta última el virrey la calificó de detonante del enfrentamiento entre criollos y peninsulares:

qualquiera entenderá que hablo de las subversivas proclamas publicadas a nombre del gobierno supremo, dirigidas a los americanos no con otro objeto al parecer, que el de avivar la rivalidad inveterada entre estos y los españoles europeos, exaltando y ponderando los motivos de su celo con expresiones tan vivas y tan enérgicas, que ha conducido como irresistiblemente a tomar las Armas a muchos que en las primeras alteraciones o habían sido meros expectadores o quizá de los más leales defensores de la causa del Rey²⁶.

El virrey nunca dudó que la Junta Central y después las Cortes de Cádiz con sus leyes “republicanas” no sólo socavaron las “sabias leyes” de Indias de los siglos anteriores sino que, al ordenar a las autoridades que las mismas fuesen conocidas y debatidas por el conjunto de los vasallos, alentaron la intervención del pueblo en la política, un resultado que le repugnaba como ilustrado que consideraba que la educación popular sólo debía fomentar el amor al trabajo. En relación con el éxito del estallido

25 Abascal y Sousa, 1944: I, 489-490.

26 Abascal y Sousa, 1944: II, 80-81.

de la “revolución del reino de Chile” señaló que: “el miserable pueblo fascinado con halagüeñas esperanzas, y las más lisonjeras promesas que no se cumplen jamás porque es imposible que puedan tener cumplimiento, viene a ser el juguete de las pasiones del intruso usurpador que los manda o más bien que ha de sacarlos arrastrando de su pacífico hogar al más injusto y temerario de los combates²⁷”.

Abascal sólo reconoció en relación con el caso de la junta de Buenos Aires que la motivación de su separatismo tenía un antecedente a lo ocurrido en 1808, identificando ello con la deposición en 1807 del virrey marqués de Sobremonte por parte de Santiago Liniers. Debido a este acontecimiento, consideró la autoridad peruana que en Buenos Aires a raíz de la contienda bélica con los ingleses germinaron “los defectos de que adolecen por lo común los gobiernos revolucionarios, por cuanto erigidas sobre el vicioso fundamento de la deposición del virrey por el pueblo, dio margen a que este en su impunidad se creyese autorizado o poderoso al menos para tales innovaciones, y por consiguiente superior a la autoridad misma²⁸”. Aunque no lo manifestó explícitamente en su Memoria, sin duda Abascal consideró que un garrafal error de Carlos IV fue el de haber confirmado dicha destitución.

En resumen, llámese republicanismo, democracia o liberalismo, la *Memoria* de Abascal conformó contra estas ideas políticas modernas un sólido discurso antiliberal para aconsejar a la Corona su erradicación. El corolario de su pensamiento realista y conservador con que concluyó su relación de gobierno no fue otro que respaldar al gobernante restaurador del Trono y el Altar y a las autoridades absolutistas en su misión de vigilar que los vasallos del reino nunca más volviesen a experimentar la peligrosa condición de ciudadanos.

Hacia un realismo-conservador popular: la prensa política entre Abascal y Pezuela

A diferencia del caso novohispano, no hubo en el Perú del primer liberalismo hispánico una opinión pública claramente conservadora o cercana al grupo servil peninsular, posiblemente por temor a enfrentarse al grupo

27 Abascal y Sousa, 1944: II, 159-160.

28 Abascal y Sousa, 1944: II, 284.

parlamentario dominante en las Cortes²⁹. Lo más cercano fue el posicionamiento de defensa absoluta de los derechos de la religión católica como el vertido en el periódico *El Clamor de la Verdad*. Este periódico, “amante de la religión y la patria” como reza en su encabezado, circuló entre marzo y abril de 1814. Editado por Ignacio Alonso de Velasco, su argumentación “insiste persuasivamente en resaltar los tres siglos pasados como una época de gran aporte, progreso y estabilidad de la sociedad americana³⁰”. Este periódico elogió el pasado colonial con estas palabras: “tres siglos de continuada felicidad gozó la América, civilización y prosperidad que se debe a los Europeos españoles y la Madre Patria”. Fue el primer escrito en confeccionar en Lima los cimientos de un pensamiento antiliberal basado en la añoranza y restauración del pasado colonial. Claramente, Velasco lamentó que dicha forma de dominio maternal se hubiese interrumpido por culpa de la ambición napoleónica de usurpar el trono de España. En su opinión la crisis desatada en mayo de 1808 sembró la semilla de un mal que había germinado en Francia en el siglo XVIII bajo los nombres de “Libertad: hombre libre: Derechos del hombre; ¿qué han producido, hermanos míos, estas regalías de la Naturaleza? [...] Esta es la decantada libertad, estos son sus frutos. La revolución; la destrucción de nuestro sagrado Dogma. La Ambición³¹”. Velasco achaca a ese discurso de la libertad nacido en la Francia revolucionaria el camino adoptado en Hispanoamérica por los gobiernos autonomistas hacia una independencia, al mismo tiempo, regicida y sacrílega. Por último, cabe resaltar que este papel periódico en sus tres números no se posicionó a favor o en contra de las Cortes de Cádiz. Pero su orientación ideológica situó a *El Clamor* más cerca del discurso de los diputados serviles que de los liberales.

El hecho de que Velasco también escribiera en *El Investigador*, periódico auspiciado por el virrey y en el cual periódicamente se anunciaba la venta de *El Clamor de la Verdad*, indica la confluencia del realismo-conservador de Velasco con el de Abascal. Esta identidad de intereses se resume en la auto-definición que hace Velasco de sí mismo en el segundo número: “Hombre, Ciudadano y Realista soy. Tres bellos epítetos que me caracterizan: el primero, me compete a cortar con mis razones la senda de los devoradores de

29 Ávila, 2009.

30 Morán y Aguirre, 2009: 36.

31 *El Clamor de la Verdad*, núm. 1, Lima, 9 de marzo de 1814, periódico transcrito por Morán y Aguirre, 2009.

la humanidad ofendida; el segundo, me autoriza a ser útil a la sociedad por medio de sólidas reflexiones; y el tercero, me manda y obliga la manifestación a mis hermanos en los precisos deberes de Religión, Patria y Rey³²". Aquí el concepto de ciudadano parece estar utilizado, más que en el sentido moderno que figura en la constitución de 1812, en el tradicional de persona "perteneciente a la ciudad". Por lo demás, mayor peso específico político tuvo para Velasco el sentirse realista.

En el segundo número del *Clamor de la Verdad* su editor comenzó una extensa reflexión sobre el principio de libertad como libre albedrío, que valoraba, e independencia de acciones, que censuraba, haciendo suyo un concepto que supuso la censura de la prensa doctrinaria liberal por parte del virrey: el de "nación americana". Velasco tuvo que aclarar en el tercer número haber recurrido a ese concepto del siguiente modo: "no encontrando rama de que agarrarse para obstaculizar la veracidad de mi obra, un político de banderilla dijo ser mis papeles revolucionarios porque en mi segundo número principio La Nación Americana: hasta este corto pelillo quiero resolverlo. Dos Naciones, la Peninsular y la Americana componen una sola familia, que está en la mente de nuestra constitución política [...] las dos naciones hacen la familia española³³". De ello se desprende que por primera y única vez Velasco amparó su afirmación en la carta política de la que no era firme simpatizante.

Tras la restauración absolutista la opinión del realismo-conservador en el Perú se mantuvo activa a diferencia del proscrito lenguaje del liberalismo hispánico que desapareció hasta 1820³⁴. A pesar de estar abolida la libertad de imprenta, el impreso político fue el modo más idóneo de transmitir a la población el pensamiento antiliberal del conservadurismo abascaliano. *El Pensador del Perú* publicado en dos entregas en 1815 fue uno de esos folletos políticos que permitió confeccionar una doctrina realista-conservadora al gusto del virrey. El "otro", o contrincante, sobre el que se confeccionó este discurso fue la revolución autonomista. El primer número de *El Pensador* fue consagrado a atacar a la junta de gobierno de Chile con lo que se justificaba la expedición militar y, a continuación, justificar el aplastamiento de la revolución del Cuzco de 1814. En este periódico, por ejemplo, se puede leer lo siguiente con relación a la situación de penuria y represión de

32 *El Clamor de la Verdad*, núm. 2, Lima, 9 de abril de 1814.

33 *El Clamor de la Verdad*, núm. 3, Lima, 20 de abril de 1814.

34 Tema ausente en la reciente e indispensable compilación de O'Phelan y Lomné, 2013.

la población que apoyó a los “usurpadores” de Chile: “el pueblo que siempre es vulgo, y que como tal no raciocina, calle enhorabuena y desconozca el precio de su actual situación³⁵”. El raciocinio es claro tal como lo expresó Abascal en el caso del virreinato peruano durante la época de las elecciones de los ayuntamientos constitucionales: el liberalismo hispánico ha alentado la participación en la política de las multitudes (asociadas con la plebe) que no tienen capacidad de entender la forma de gobernar³⁶. El segundo número de *El Pensador* fue orientado a desacreditar, en la persona del diputado arequipeño Mariano Rivero, la actuación liberal peruana en las Cortes de Cádiz en lo concerniente al ataque a su autoridad. Coincidente con el discurso de los serviles que firmaron el “Manifiesto de los persas” en la Península Ibérica, las loas del virrey a la restauración absolutista se completan con este retrato de las Cortes: “[en] ella se han congregado los hombres mas foragidos e indecentes a dar la ley a los virtuosos y honrados: ella es la que había vestido con la apreciable insignia de la ciudadanía a muchos que antes vivían enteramente ignorados, ella la que ha echado por tierra lo más interesante, precioso y respetable de nuestras sabias instituciones³⁷”. Sin la mordaza a que le sometió el liberalismo hispánico, por fin pudo el virrey Abascal expresar su pensamiento de que el sistema representativo, la democracia y otros valores relacionados con los derechos civiles, sólo conllevaban conceder la voz política a quienes nunca debían haber salido de su condición de súbditos.

La época más propicia para la confección de un discurso realista-conservador de carácter triunfalista fue la del gobierno de Joaquín de la Pezuela, cuando el virreinato peruano ejercía el control militar del Alto Perú y además tutelaba el gobierno restaurador en Chile de Marcó del Pont³⁸. El espacio idóneo para remarcar la hegemonía de la cultura política del realismo-conservador fue la *Gaceta del Gobierno de Lima*. A través de dicho periódico oficial “la propaganda del régimen [pezuelista] vinculó la retórica fidelista con la defensa de los derechos de posesión de Fernando VII y la salvaguarda de la religión católica³⁹”, ambos supuestamente bajo la

35 *Al Rey nuestro Señor El Pensador del Perú*, Lima, 1815, 12.

36 Peralta Ruiz, 2002: 124-125.

37 *Al Rey nuestro Señor El Pensador del Perú*, 8.

38 Un reciente estudio que incide en el impacto de Chile en la política restauradora pezuelista es Alvarado Luna, 2014.

39 Peralta Ruiz, 2010: 282.

amenaza de las Provincias Unidas del Río de la Plata independizadas en julio de 1816. En otras palabras, el fidelismo monárquico peruano se sostuvo sobre la pieza retórica clave del realismo-conservador de que el ataque a la monarquía conllevaba desconocer el catolicismo. Por eso entre una serie de “buenas” noticias como, por ejemplo, el avance del ejército realista hacia el norte argentino o la debacle de Napoleón Bonaparte y su proyecto imperial en Europa, la *Gaceta* prestó también especial atención a la revitalización de la alianza entre el Altar y el Trono en Lima, supuestamente debilitada durante la época de las Cortes de Cádiz. Esta falsificación de los hechos en tiempos de Pezuela fue vital para, al mismo tiempo, deslegitimar al liberalismo hispánico.

La *Gaceta* destacó del besamanos que el cabildo dedicó a Pezuela en su entrada a la capital a mediados de julio de 1816, la dedicatoria de Francisco Echagüe en la que este le deseó que “con el mismo acierto con que ha desempeñado las heroicas acciones del guerrero, llene las del mas justificado juez y jefe, sin olvidar que la primera obligación del héroe cristiano es la protección de la santa religión y de su iglesia, para que caminando de acuerdo el valor y la virtud acompañen a la obediencia las impresiones del respeto y los movimientos del corazón⁴⁰”. En dicho ceremonial de reconocimiento de su autoridad por parte de todas las corporaciones de la capital peruana, que culminó con el *Te Deum* en la catedral, el culto católico tuvo un papel protagónico desde su principio como lo atestigua una inédita práctica incluida en el protocolo por el flamante mandatario: “[...] para conducir y acompañar a S. E. que según el ceremonial de etiqueta debía dirigirse de oculto al santuario de Monserrate, como en efecto lo verificó en la magnífica carrosa de cámara preparada por el mismo cabildo para este fin, y en sus respectivos coches los señores capitulares. En la puerta de la iglesia esperaban a S. E. una diputación del venerable señor Dean y cabildo eclesiástico [...] y en su compañía pasó S. E. a orar un pequeño rato delante de aquella milagrosa imagen [...]”⁴¹. Según Pablo Ortemberg, Pezuela en sus batallas como comandante del ejército realista en el Alto Perú otorgó un papel fundamental a la imagen de la virgen, cuya imagen fue ascendida a generala de sus armas y protagonista de sus victorias⁴². Ya como máximo gobernante del virreinato, no es descabellado suponer que Pezuela siguiendo su devoción

40 *Gaceta del Gobierno de Lima*, sábado 13 de julio de 1816.

41 *Gaceta del Gobierno de Lima*, sábado 24 de agosto de 1816.

42 Ortemberg, 2010: xxxix-xlx.

mariana encomendará tácitamente a la virgen de Monserrate el papel de guía espiritual de su futuro mandato.

En un número de 1817 de la *Gaceta* se publicó el caso ocurrido en Nueva Granada del “Rapto de la milagrosa imagen de Ntra. Sra. De Chiquinquirá, por el infame protestante Servierz, y glorioso rescate de ella, por los cristianos y valientes tropas de S. M. C. D. Fernando VII⁴³”. El tratamiento de esta noticia asemejaba este hecho con lo ocurrido con las cruzadas medievales, en este caso la contienda bélica entre la disidencia patriota asociada con el protestantismo y los defensores del Altar realistas. El Perú de Pezuela asistía con un fervor político-católico como transcurría la guerra civil en la América Meridional. En ningún momento previó el virrey que el descalabro iba a venir por el sur con la caída del gobierno de Marcó del Pont tras producirse la derrota de los realistas ante el ejército de los Andes de San Martín en la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817). La noticia se mantuvo oculta en la *Gaceta*, la pérdida de Chile solo se reconoció tras conocer el resultado adverso de la batalla de Maipú en la *Gaceta* del 28 de mayo de 1818.

No obstante no haber logrado a través de la alianza entre el Altar y el Trono “la protección divina” para contener la derrota ante el separatismo en Chile, el discurso pezuquista después de Chacabuco siguió confiriendo a la religión católica el verdadero motivo de su actuación política, porque “está reconocido ya por los políticos que la religión cristiana ha sido quien ha civilizado a las naciones, y que el medio más poderoso de acelerar la civilización en los pueblos bárbaros es la introducción de esta santa religión, sin la cual nunca ha habido virtud, ni paz, ni bien alguno entre los hombres⁴⁴”. Hasta la destitución de Pezuela en enero de 1821 la religión católica se utilizó como un medio para conformar una suerte de adhesión popular en torno a los objetivos del realismo-conservador.

El “absolutista” Olañeta contra el virrey “liberal” La Serna

Desde fines de 1821 el virrey José de La Serna estableció su sede virreinal en el Cuzco para combatir al Protectorado de San Martín y, simultáneamente, contener las pretensiones de los rioplatenses de arrebatarle el Alto Perú. En

43 *Gaceta del Gobierno de Lima*, miércoles 15 de enero de 1817.

44 *Gaceta del Gobierno de Lima*, jueves 18 de junio de 1818.

esta jurisdicción el virrey contó con la lealtad del brigadier Pedro Antonio de Olañeta, jefe superior del ejército del Desaguadero. Pero entre diciembre de 1823 y agosto de 1824 ambos se enemistaron y se convirtieron en protagonistas antagónicos de la llamada “guerra doméstica” dentro del ejército realista en Charcas⁴⁵. La inesperada ruptura entre Olañeta y el virrey se desencadenó como resultado del enfrentamiento personal entre aquel y el brigadier Rafael Maroto, presidente de la Audiencia de Charcas. El 27 de diciembre de 1823 Olañeta solicitó a La Serna la destitución de Maroto por su genio díscolo e insociable, pero no obtuvo respuesta. Ello le llevó a actuar por su cuenta para deshacerse de Maroto. Las tropas de Olañeta acantonadas en Oruro partieron hacia Potosí y el 14 de enero de 1824 se encontraron con la negativa del comandante de esta provincia, el brigadier José Santos de La Hera, de poner a su disposición tanto las tropas de su guarnición como el numerario de la Casa de la Moneda. Olañeta calificó a La Hera de confabularse con el presidente de Charcas para arrebatarle su autoridad y por ello ordenó a sus tropas atacar la guarnición potosina.

Tras la rendición de La Hera, el 4 de febrero de 1824 Olañeta hizo pública la proclama manuscrita “El general Olañeta a los pueblos del Perú”, pieza documental que debe ser considerada como el primer pronunciamiento de un absolutista antiliberal en territorio altoperuano. En su escrito Olañeta denunció que no le “es ya posible disimular por más la escandalosa corrupción en el que algunos novadores querían sumergirlos. Ellos han derramado todo el veneno de la falsa Filosofía que abrigan en su corazón; pretendían con ella persuadirnos de vuestra propia felicidad, cuando más distantes estaban de procurarla⁴⁶”. En esta equiparación de los liberales que combatía con los ilustrados críticos en el siglo XVIII con las esencias de la tradición española, consideró a ambos como “maestros” de un sistema político pernicioso que ha profanado a la religión y al rey. Por eso Olañeta prometió hacer desaparecer “de esta villa [de Potosí] los más decididos partidarios de este sistema destructor de la moral cristiana, de vuestras antiguas costumbres y de la futura felicidad de los pueblos⁴⁷”.

Abruptamente, el pronunciamiento del 4 de febrero se tornó providencialista y Olañeta se asumió como un genuino cruzado “adorador de la causa de Fernando VII” y embargado por la revelación divina: “Peruanos:

45 Arnade, 1964. Roca, 2007. Peralta Ruiz e Irurozqui Victoriano, 2014.

46 “El general Olañeta a los pueblos del Perú”, en Conde de Torata 1894: 1, 156-157.

47 “El general Olañeta a los pueblos del Perú”, en Conde de Torata 1894: 1, 156.

tamaño favor lo debéis a la Providencia, que siempre vela en vuestro socorro y quiso poneros a la sombra de la división de mi mando antes que fuese diseminada y destruida por la facción de jefes conspirados contra su existencia y la mía⁴⁸. Culminó este su proclama solicitando a los potosinos hacer suya su divisa de luchar por el rey, la religión y los derechos de la nación española, porque “la uniformidad de vuestros sentimientos con los míos son los únicos auxilios que necesito⁴⁹”.

El discurso político antiliberal de Olañeta tuvo por finalidad política restaurar el pasado absolutista, única garantía de la unidad entre el Altar y el Trono, pero consideró que un obstáculo fundamental para lograr ese objetivo era el virrey del Perú. La Serna se convirtió en el principal obstáculo de la restauración política porque, según Pedro Antonio, este “virrey liberal” proyectaba desconocer la autoridad real y convertirse en cabeza de un imperio peruano que abarcara de Tumbes a Tupiza. Olañeta propagó como un hecho cierto que La Serna ocultó a los peruanos la abolición del sistema constitucional en España con el propósito de declarar la independencia del Perú, para luego convertirlo en un imperio bajo su mando tal como se había divulgado en el periódico realista itinerante *El Depositario*. La certeza con que actuó estuvo respaldada por varios documentos recibidos desde la Península Ibérica, entre los que estaba el decreto firmado en el puerto de Santa María el 1 de octubre de 1823 que abolió la constitución de 1812 y puso fin al Trienio Liberal. Olañeta actuó en Potosí con pleno conocimiento de la nueva coyuntura en la que se devolvió a Fernando VII la condición de monarca absolutista. También usó el brigadier como respaldo oficial de su pronunciamiento absolutista una carta dirigida a su persona por la regencia absolutista de Urgel (Lérida) en la que se le conminaba a actuar en su jurisdicción contra todos los que sostuvieran la causa liberal a cambio de su futuro reconocimiento como máxima autoridad virreinal.

Según una “Relación verídica”, Olañeta remitió al Cuzco el decreto del 1 de octubre de 1823, pero “a pesar de haberlo comunicado al virrey y remitídole el mencionado decreto, se mostraba indiferente al reconocimiento de la Soberanía, consultando antes la voluntad de los pueblos, en la decisión de los jefes y corporaciones, exponiendo con esta apatía, a que las provincias hubieran sufrido un trastorno criminal si se hubiese verificado el

48 “El general Olañeta a los pueblos del Perú”, en Conde de Torata 1894: 1, 157.

49 “El general Olañeta a los pueblos del Perú”, en Conde de Torata 1894: 1, 157.

iniccio proyecto de los jefes de Potosí y La Plata⁵⁰". En cambio, en la "Relación verídica" no se menciona nada sobre la carta que la regencia de Urgel envió a este general en la que ésta le ofrecía el virreinato de Buenos Aires y, al mismo tiempo, le ordenaba derrocar a La Serna por traición a Fernando VII en caso de empecinarse en sostener el liberalismo. Lo cierto es que la misiva absolutista también le fue remitida al virrey en el mismo correo que condujo el decreto que restablecía el sistema político anterior a marzo de 1820. La carta de la regencia de Urgel en realidad fue un documento apócrifo ya que Casimiro Olañeta, sobrino del brigadier, confesó en 1826 que él y los miembros de la logia independentista de Charcas la redactaron en el poblado de Yotala para azuzar la división dentro del ejército realista⁵¹.

Tras recibir la correspondencia, el virrey sólo hizo caso a lo dispuesto en Cádiz, y no a lo acordado en Urgel, por lo que el 11 de marzo de 1824 suprimió el segundo liberalismo constitucional en el Perú "conforme al artículo 1 del *real decreto* que se supone dado en el Puerto de Santa María a 1º de octubre de 1823, y remitido a mis manos por el general Olañeta⁵²". No obstante esta decisión, la rebelión absolutista de Olañeta se mantuvo, ahora bajo el pretexto de que el decreto del 1 de octubre de 1823 no solo abolió el sistema liberal sino, asimismo, todo lo actuado con posterioridad a marzo de 1820. La interpretación literal de este documento conllevaba la paradoja de que quedaba en suspenso también el reconocimiento de La Serna como virrey y todo lo que este dispusiera en relación con los mandos militares⁵³. Como resultado de esta extraña circunstancia, la única persona que legalmente cumplía el requisito de desempeñar la jefatura militar en Charcas antes de instaurarse el segundo liberalismo hispánico era Olañeta. Como corolario de este raciocinio, era comprensible que el militar rebelde no cumpliera con la tregua firmada en Tarapaya (10 de marzo de 1824) y,

50 Biblioteca Menéndez Pelayo (Santander), Archivo Pezuela, "Relación verídica y circunstanciada de los motivos que obligaron al General Olañeta a proclamar la soberanía absoluta del Rey N. S., y la abolición del sistema constitucional el día 5 de febrero de 1824 antes que lo verificase ninguna otra autoridad incluso el virrey La Serna".

51 Roca, 2007: 592. Por lo demás, la Regencia absolutista creada en la villa de Seo de Urgel (Lérida) por el marqués de Mataflorida, cuya influencia se circunscribió a parte de Cataluña y Navarra, dejó de existir el 3 de febrero de 1823 al ser tomada esa fortaleza por las fuerzas del general liberal Francisco Espoz y Mina.

52 La Serna, 1825: 38.

53 García Camba (1848: II, 160) reconoció este conflicto legal al referirse al contenido del decreto como una "absoluta anulación que por desgracia contenía aquel decreto".

más bien, se enfrascara en un breve encuentro bélico, entre junio y agosto de 1824, con el ejército realista del sur comandado por el general Jerónimo Valdés⁵⁴.

¿Se puede definir el conflicto entre La Serna y Olañeta como un enfrentamiento, respectivamente, del realismo liberal con el realismo absolutista? No si el mismo se enmarca dentro del ámbito estricto del pensamiento político. Ni La Serna fue un militar de convicciones constitucionales ni Olañeta probó su condición de ideólogo “servil” o “reaccionario” antes de insubordinarse. Ambos se consideraban servidores del rey y actuaron bajo la convicción de obrar correctamente en una coyuntura marcada por la incertidumbre política en la metrópoli. A ello hay que agregar la desinformación como resultado del aislamiento territorial tanto de los realistas en Perú como en Charcas. La “guerra doméstica” de 1824 que afectó al ejército realista en Charcas no se puede definir como un encuentro bélico entre generales absolutistas y constitucionales. Fue, más bien, el resultado de una coyuntura insalvable en la que el virrey La Serna se impuso mantener la autoridad política y militar peruana sobre el territorio altoperuano ocupado desde 1809. Contra este dominio opresor actuaron algunos políticos charqueños, como Casimiro Olañeta y otros doctores de Chuquisaca, instrumentalizando a su favor el absolutismo, aunque mejor sería decir el antiliberalismo, de Pedro Antonio de Olañeta para dividir con éxito a los realistas peruanos.

Conclusiones

Para el caso peruano se puede coincidir con la aseveración formulada para Nueva España por el historiador Alfredo Ávila de que no existió un partido conservador realista entre 1808 y 1824 sino, más bien, personalidades del ámbito político y militar que “conservadoramente” abrazaron la defensa del absolutismo como garante de la alianza entre el Altar y el Trono⁵⁵. Ni Abascal, ni Olañeta ni Pezuela se definieron como conservadores, porque esta adscripción política semánticamente no existió en la época. Tampoco aquellos se asumieron como serviles porque tal fue un concepto despectivo que utilizaron los liberales de las Cortes de Cádiz para descalificar a sus

⁵⁴ Conde de Torata, 1894: 1, 70.

⁵⁵ Ávila, 2009.

adversarios. La definición que mejor se ajusta a aquellas autoridades es la de realistas absolutistas porque su objetivo político fue conservar el pasado o añorar su restauración.

En sus discursos y prácticas los realistas absolutistas optaron por una actitud ilustrada caracterizada por la defensa del regalismo monárquico, la alianza entre el altar y el trono, la restricción de los asuntos públicos y políticos a una minoría selecta y el auspicio de los privilegios comunitarios y corporativos por sobre las demandas y derechos individuales. Este pensamiento se mantuvo en gran parte de las autoridades hispanoamericanas después de estallar la crisis monárquica de 1808. El más conspicuo representante en el Perú del absolutismo ilustrado en tiempos del primer liberalismo hispánico fue el virrey Abascal, aunque este fue respaldado por un sector mayoritario de la ilustración criolla. Entre 1810 y 1824 el lenguaje político de los realistas absolutistas se decantó además por una prédica antiliberal que cuestionó las disposiciones de las Cortes de Cádiz que se consideraron ponían en peligro la seguridad interior del reino. Tales adversidades fueron identificadas con la libertad política de imprenta, el fomento de las elecciones populares a ayuntamientos constitucionales y el establecimiento de la monarquía parlamentaria. La primera y la segunda fueron consideradas por Abascal como una amenaza para la seguridad interior del virreinato y un medio para alentar la participación política de la plebe. La tercera fue asumida por Abascal, durante el primer liberalismo, y por Pezuela y Olañeta, durante el segundo liberalismo, como una influencia nefasta de la “regicida” revolución francesa y de la ilustración “irreligiosa”. Si bien el uso del concepto de conservador tal como se entendió en el siglo XIX para definir a estos tres personajes puede correr el peligro de resultar anacrónico, no cabe duda que en su condición de realistas antiliberales estos hicieron suyo el deseo de ver restaurado el pasado imperial de la monarquía hispánica y su conservación eterna.

Bibliografía

- Abascal y Sousa, José Fernando de, *Memoria de gobierno*, Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano (eds.), Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1944.
- Alvarado Luna, Patricio Alonso, “*En Lima se estrellaron siempre sus avanzados proyectos*”: *El virrey Joaquín de la Pezuela frente a la independencia del Perú, 1816-1820*, Tesis de Licenciatura PUCP, Lima, 2014.

- Ávila, Alfredo, "Cuando se canonizó la rebelión. Conservadores y serviles en Nueva España", Erika Pani, *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, Fondo de Cultura Económica y CONACULTA, 2009: I, 43-85.
- Charles Arnade, *La dramática insurgencia de Bolivia*, La Paz, Librería Juventud, 1964.
- Conde de Torata, *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú. Traición de Olañeta*, Madrid, Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1898.
- Fumaroli, Marc, *Las abejas y las arañas. La querella de los antiguos y los modernos*, Barcelona, Acantilado, 2008.
- García Camba, Andrés, *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de D. Benito Hortelano, 1846.
- Hamnett, Brian, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú: Liberales, Realistas y separatistas, 1800-1824*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011 (2da. edición).
- Herrera González, Julio, *¡Serviles! El grupo reaccionario de las Cortes de Cádiz*, Málaga, Fundación Uncja, 2007.
- La Serna, José de la, *Manifestación que, de la criminal conducta del jeneral Olañeta hace a S. M. el virrey del Perú. Reimpresa a petición del brigadier D. Andrés García Camba*, Manila, Imprenta de Sampaloc, 1825.
- López Alós, Javier, *Entre el trono y el escaño. El pensamiento reaccionario español frente a la revolución liberal (1808-1824)*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2001.
- Martínez Rianza, Ascensión (ed.), *La independencia inconcebible. España la pérdida del Perú (1820-1824)*, Lima, Instituto Riva Agüero-PUCP, 2014.
- Martínez Rianza, Ascensión, "Todos eran realistas. Liberalismo y absolutismo en el gobierno del virreinato del Perú, 1820-1824", Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez (eds.), *Visiones y revisiones de la independencia americana. Realismo/Pensamiento conservador: ¿una identificación equivocada?*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2014: 121-143.
- Morán, Daniel y María Isabel Aguirre, "‘Un periódico amante de la religión y la patria’: El *Clamor de la Verdad* en la coyuntura de la independencia. Lima, 1814", *Illapa. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 4 (2009): 31-55.
- Mücke, Ulrich y Marcel Velásquez (eds.), *Autobiografía del Perú republicano. Ensayos sobre historia y narrativa del yo*, Lima, Biblioteca Nacional, 2015.
- O’Phelan, Scarlett y George Lomné (eds.), *Abascal y la contra-independencia de América del Sur*, Lima, IFEA y PUCP, 2013.
- Ortemberg, Pablo, "El general Joaquín de la Pezuela y la Virgen del Carmen: la trama religiosa de la guerra", Joaquín de la Pezuela, *Compendio de los sucesos en el ejército del Perú y sus provincias*, editado por Natalia Sobrevilla y Pablo Ortemberg, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2010: xxxix-xxl.
- Peralta Ruiz, Víctor e Irurozqui Victoriano, Marta, "‘Locos adoradores de Fernando’. Pedro Antonio de Olañeta y el liberalismo hispánico en Charcas (1821-1825)", *Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos*, 20 (2014): 555-582.
- Peralta Ruiz, Víctor, "El virrey Abascal y el espacio de poder en el Perú (1806-1816). Un balance historiográfico", *Revista de Indias*, lxxvi, 236 (2006): 165-194.
- Peralta Ruiz, Víctor, *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal. Perú 1806-1816*, Madrid, csic, 2002.
- Peralta Ruiz, Víctor, *La independencia y la cultura política peruana (1808-1821)*, Lima, IEP y Fundación Bustamante de la Fuente, 2010.

- Roca, José Luis, *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un estado nacional en Charcas*, La Paz, IFEA y Plural Editores, 2007.
- Rosas, Claudia, *Del trono a la guillotina. El impacto de la revolución francesa en el Perú (1789-1808)*, Lima, IFEA-PUCP, 2006.
- Rújula, Pedro, “El mito contrarrevolucionario de la ‘Restauración’”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 13 (2014a): 79-94.
- Rújula, Pedro, “El antiliberalismo reaccionario”, María Cruz Romeo y María Sierra (eds.), *Historia de las culturas políticas en España y América Latina. Vol. II. La España Liberal 1833-1874*, Madrid, Marcial Pons Historia y Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014b: 377-409.